



COMUNICACIONES

LOS «ESPALDAS MOJADAS»: EUROPA DEBE MOJARSE EN ÁFRICA

por Fr. Antonio Peteiro

UN PROBLEMA QUE NOS TOCA DE CERCA

El Estrecho de Gibraltar lleva ya largos meses de inusitada y preocupante actualidad. Casi todos los días nos llegan noticias relacionadas con la emigración clandestina hacia Europa desde este lado del Estrecho. Pateras hundidas, cadáveres encontrados en el mar o en la playa, inmigrantes ilegales detenidos, negocios sucios relacionados con el transporte clandestino, servicios de inspección y de control, tratados para la devolución de ilegales hacia África, etc.

La Iglesia de Tánger vive esta situación con especial intensidad, dada su proximidad geográfica y humana al lugar de los hechos y a las personas que los protagonizan, aunque sus fuentes de información son prácticamente las comunes y, por tanto, escasas.

Nadie duda de la complejidad del problema. Y evidentemente su solución no está en nuestras manos, pero no por eso podemos desentendernos de este drama humano que afecta a centenares y centenares de personas que son miembros de la gran familia humana, como nosotros, aunque sean de distinta tierra, raza, cultura, religión, etc.

En las informaciones relativas al tema, suele insistirse en el carácter clandestino e ilegal de esa emigración, en el negocio organizado a costa de los emigrantes, en la responsabilidad de estas o aquellas autoridades. Casi nunca se presta atención al

por qué de todo esto; por qué tantas personas se arriesgan hasta el punto de poner en serio peligro su propia vida con tal de entrar en Europa. ¿En qué situación deben encontrarse quienes están dispuestos a arriesgárselo todo por salir de su tierra hacia otro continente desconocido?

Ésta es la pregunta que hemos de hacernos ante el hecho de que el Estrecho, en lugar de ser lugar de paso, de comunicación y de encuentro entre gentes de dos continentes, que no distan ni veinte kilómetros, está siendo un nuevo muro de discriminación, de rechazo y de muerte, continuación de esa vergonzosa línea divisoria entre el Norte y el Sur, entre la minoría rica y la mayoría pobre y, a veces, miserable, como es el caso de tantos millones de africanos. El drama del Estrecho nos interpela a todos y debe hacernos reflexionar.

Hemos de intentar analizar los hechos, las motivaciones, las situaciones de tantos seres humanos, hermanos nuestros y de igual dignidad que nosotros, que se ven obligados a huir de su tierra en busca de una vida digna, y que son tantas veces víctimas de la marginación, de la soledad, de la desesperación e incluso de la muerte.

Somos conscientes, además, de que se trata de un fenómeno constante a lo largo de la historia: ayer fuimos nosotros, españoles, los que llamamos a la puerta del vecino europeo, hoy son éstos, y mañana serán otros. Recordamos la recomendación bíblica: «Al forastero que reside junto a vosotros lo mirareis como a uno de vuestro pueblo y lo amarás como a ti mismo, pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (Lev 19, 34).

LLAMADA A UNA MAYOR SOLIDARIDAD EURO-AFRICANA

La emigración de África hacia Europa no es sólo problema de Marruecos o de los países del Magreb, que también sufren la emigración de otros pueblos africanos más necesitados. Tampoco es problema exclusivo de España, metida en el engranaje de la Comunidad Europea y condicionada por acuerdos internacionales y por múltiples problemas y dificultades. El problema nos sobrepasa a todos y nadie tiene una solución satisfactoria e inmediata para el mismo, ni en Europa ni en África. Sin embargo, nos afecta a todos y todos podemos colaborar a su solución que, por cierto, está en África y no en Europa. Es cambiando las condiciones de vida de aquí como se evitará la emigración. He aquí algunas sugerencias:

— Ante todo, debemos prestar atención al problema, tomar conciencia del mismo y de nuestro compromiso personal y comunitario de ayudar a solucionarlo, cada uno en la medida de sus posibilidades.

— En segundo lugar, hemos de ver a las personas afectadas como *hermanos nuestros* y hacer cuanto podamos para ayudarles y compartir con ellos con espíritu de solidaridad, tratándolos como quisiéramos ser tratados en situaciones similares y recordando las palabras de Jesús: «Era forastero y me acogisteis» (Mt 25, 35).

— Un tercer aspecto será hacer cuanto esté a nuestro alcance para *mejorar su situación en el propio país*, en el campo de la formación, de la búsqueda de un trabajo, de confianza en las propias posibilidades, etc.

Nuestra condición de Iglesia de frontera entre dos continentes y dos mundos tan próximos y tan distantes nos anima a formular una llamada a una mayor solidaridad con África:

a) a las *Iglesias de España y de Europa* para que refuercen su colaboración con este Continente tan necesitado y tan olvidado. El Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla que, por cierto, tiene prevista una «Campaña de solidaridades» con los pobres, y el Sínodo Africano son dos acontecimientos llamados a reforzar los lazos de solidaridad de esas Iglesias con África y sus gentes.

b) a las *autoridades, instituciones y Gobiernos de Europa y de África*, para que colaboren en la promoción y el desarrollo de estos países, de suerte que sus gentes puedan vivir aquí dignamente; que se reduzca todo lo posible el comercio de armas y que se empleen todas las energías en la promoción desinteresada y paciente de estos pueblos, buscando un equilibrio entre los dos continentes, incluso con renuncias por parte de los que más tienen. Las distintas reuniones que se vienen celebrando periódicamente entre países europeos y africanos son presagio de una mayor solidaridad y cooperación. No tenemos derecho a cerrar nuestras puertas y a buscar únicamente nuestro bienestar, desentendiéndonos del vecino necesitado.

c) a las *organizaciones no-gubernamentales de Europa*, para que presten particular atención a la puesta en marcha de proyectos de promoción integral de los pueblos de África, insistiendo, sobre todo, en la formación de personas y cuadros que garanticen la continuidad del desarrollo. Afortunadamente se están haciendo esfuerzos notables en este campo. Nos felicitamos de que Manos Unidas, por ejemplo, haya decidido dedicar sus esfuerzos de promoción en 1993 especialmente a África. Ojalá que muchas otras ONG sigan su ejemplo.

Fr. Antonio Peteiro
Arzobispo de Tángier